

CAPITULO LVIII.

CONTINUA LA BIBLIOTECA DE UN ATENIENSE. LA RETORICA.

Mientras se adelantaba con ahinco el edificio de la lógica, me dijo Euclides, se levantaba á su lado el de la retórica, menos sólido á la verdad, pero mas elegante y mas magnifico.

El primero, le dije yo, podia ser necesario; pero no comprendo la utilidad del segundo. ¿No ejercia antes la elocuencia su imperio en las naciones de la Grecia? ¿No disputaba en los siglos heroicos el premio al valor? ¿No se hallan todas las bellezas en los escritos de ese Homero, que

debe mirarse como el primer orador, igualmente que como el primer poeta? ¿No están manifiestas en las obras de los hombres famosos que han seguido sus huellas? Cuando hay tantos ejemplos, ¿á qué vienen tantos preceptos? — Esos ejemplos, respondió Euclides, era menester escogerlos, y esto es lo que hace la retórica. — Yo le repliqué: ¿se engañaban en la eleccion los Pisistratos, los Solones, y aquellos oradores que en la asamblea de la nacion, ó en los tribunales de justicia, se abandonaban á los movimientos de una elocuencia natural? ¿Por qué se ha de sustituir el arte de hablar al talento de hablar?

Lo único que se quería, respondió Euclides, era detener los extravíos del ingenio, y obligarle con la sujecion á reunir sus fuerzas. Si dudais de las ventajas de la retórica, debeis saber que Aristóteles, aunque preocupado contra la oratoria, concede no obstante que puede ser util. ¿Y cómo dudais habiendo oido á Demóstenes! Sin las lecciones de sus maestros, respondí yo, hubiera Demóstenes dominado siempre los ánimos. Acaso sin el auxilio de las suyas no se hubiera explicado Esquines con tanto atractivo. ¿Luego confesais, replicó Euclides, que el arte puede dar al talento formas mas agradables? No seré menos ingenuo que vos, y convendré en que en esto consiste poco mas ó menos todo su mérito.

Arrimándose entonces á los estantes, me dijo: estos son los autores que nos dan preceptos sobre la elocuencia; y estos los que nos han dejado modelos de ella. Casi todos han vivido en el siglo último ó en el nuestro. Entre los primeros están Corax de Siracusa, Tisias, Trasmaco, Protágoras, Pródico, Gorgias, Polo, Licimnio, Alcídamas, Teodoro, Eveno, Calipo, etc.; entre los segundos los que gozan de una reputacion merecida, tales como Lisias, Antifon, Andócides, Iseo, Calistrato, é Isócrates; añadamos á estos los que han empezado ya á distinguirse, como son Demóstenes, Esquines, Hipérides, Licurgo, etc.

He leído las obras de los oradores, le dije, mas no conozco las de los retóricos. En nuestras conversaciones anteriores os habeis dignado de instruirme en los progresos y estado actual de algunos géneros de literatura; ¿me atreveré á exigir de vos que os tomeis igual molestia en punto á la retórica?

El hilo de las ciencias exactas, respondió Euclides, puede seguirse fácilmente, porque no teniendo mas de un camino para llegar al término, de una mirada se ven los puntos de donde salen, y adonde llegan. No sucede así con las artes de imaginacion, pues el gusto que las juzga es arbitrario, indeterminado muchas veces el objeto que se proponen, y el camino que an-

dan dividido en muchos senderos inmediatos unos á otros; por lo que es imposible, ó á lo menos dificultosísimo, medir exactamente sus esfuerzos y sus aciertos. En efecto, ¿quién descubrirá los primeros pasos del talento, y con la regla en la mano, seguirá al ingenio cuando se remonta por espacios inmensos? ¿Quién es capaz de separar la luz de los falsos vislumbres que la rodean, definir aquellas gracias ligeras, que desaparecen cuando se analizan; y en fin, apreciar aquella belleza suprema que constituye la perfeccion de cada género? Sin embargo, pues así lo quereis, os daré algunos apuntamientos que sirvan á la historia de la retórica; pero en una materia tan susceptible de gracias, no espereis de mí mas que un corto número de hechos y de nociones bastante comunes.

Por muchos siglos no habian usado nuestros escritores mas lenguaje que el de la poesia; el de la prosa les parecia demasiado familiar y limitado para poder satisfacer á las necesidades del alma, ó mas bien, de la imaginacion; pues esta es la facultad que se cultivaba entonces con mas esmero. Hace dos siglos que el filósofo Ferécides de Siros, y el historiador Cadmo de Mileto, comenzaron á eximirse de las leyes severas que encadenaban la diction. Habian en verdad abierto un camino nuevo y mas facil; pero costaba tanto dejar el antiguo, que Solon empre-

dió la traducción de sus leyes en verso; y los filósofos Empédocles y Parménides adornaron sus dogmas con los encantos de la poesía.

El uso de la prosa no sirvió al principio mas que para multiplicar el número de historiadores. Muchos escritores publicaron anales de diferentes naciones; y su estilo ofrece defectos, que las revoluciones de nuestro gusto, hacen en extremo notables: claro y conciso, pero desnudo de gracias y de armonía: las frases cortas se suceden sin trabazon; y la vista se cansa de seguir las, porque busca en vano los lazos que debieran unir las. Otras veces, principalmente en los primeros historiadores, hormigean en las frases los giros poéticos, ó por decirlo mejor, no son mas que escombros de versos en que se ha roto la cadencia. En todo se echa de ver que estos autores no tuvieron otros modelos que los poetas, y que ha sido preciso tiempo para formar el estilo de la prosa, igualmente que para descubrir los preceptos de la retórica.

En Sicilia fué donde se hicieron los primeros ensayos de este arte. Cerca de cien años despues de la muerte de Cadmo, un siracusano llamado Corax juntó discípulos, y compuso un tratado de retórica, que todavía se aprecia, no obstante que hace consistir el secreto de la elocuencia no mas que en un cálculo falaz de ciertas probabilidades. Os daré un ejemplo de su método. Se

acusa ante la justicia á un hombre de quien hay vehementes sospechas de haber apaleado á otro; este hombre será, ó mas debil ó mas fuerte que su acusador: ¿ cómo se puede suponer, dice Corax, que pueda ser culpable en el primer caso, y en el segundo que haya querido exponerse á parecerlo? Tisias, discípulo de Corax, extendió este medio y otros semejantes en una obra que conservamos todavía, y se valió de ellos para frustrar á su maestro el salario que le debía.

Iguales ardidés se habian introducido ya en la lógica, cuyos principios se empezaban á poner en orden; y desde el arte de pensar pasaron sin dificultad al arte de hablar. Este último se resintió tambien del gusto de los sofismas, y del espíritu de contradicción que dominaban en los extravíos del primero. Protágoras, discípulo de Demócrito, fué testigo, mientras estuvo en Sicilia, de la gloria que habia adquirido Corax. Hasta entonces se habia distinguido por sus profundas investigaciones sobre la naturaleza de los seres; y en breve lo fué por las obras que publicó sobre la gramática, y sobre las partes de la oratoria. Se le hace el honor de haber sido el primero que reunió aquellas proposiciones generales, que se llaman *lugares comunes*, de que usa el orador, ya sea para multiplicar sus pruebas, ya para discurrir fácilmente sobre todas las materias.

Estos lugares, aunque copiosísimos, se reducen á un corto número de clases. Se examina, por ejemplo, una acción con respecto á la causa, al efecto, á las circunstancias, á las personas, etc., y de estas relaciones nacen series de máximas y proposiciones contradictorias, acompañadas de sus pruebas, y declaradas casi todas por preguntas y respuestas, en los escritos de Protágoras y de otros retóricos que han continuado su trabajo.

Después de arreglar el modo de formar el exordio, de disponer la narración, de mover las pasiones de los jueces, se extendió el dominio de la elocuencia, encerrada hasta entonces en el recinto de la plaza pública y del foro. Rival de la poesía, celebró al principio los dioses, los heroes y los ciudadanos que habían muerto en los combates. Después, Isócrates compuso elogios para particulares de clase distinguida. Mas adelante se ha alabado indiferentemente á los hombres útiles ó inútiles á su patria, el incienso ha esparcido su humo por todas partes, y se ha decidido que la alabanza, como el vituperio, no debían guardar medida alguna.

Todas estas tentativas se han hecho apenas en un siglo, y en el mismo tiempo se atendía con igual esmero á formar el estilo, al que no solamente le conservaron las riquezas que tenía desde su principio, y le había prestado la poesía,

sino que se procuró aumentarlas, adornándolas cada día con nuevos colores y sonidos melodiosos. Estos preciosos materiales estaban arrojados antes como al acaso, unos junto á otros, como las piedras que se juntan para hacer un edificio, hasta que el instinto y el sentimiento tomaron á su cargo el ajustarlos y darles el debido orden. En lugar de frases aisladas, que por falta de nervio y de apoyo decaían casi á cada palabra, los grupos de expresiones selectas formaron, reuniéndose, un todo, cuyas partes se sostenían sin esfuerzo. Los oídos más finos quedaron encantados al oír la armonía de la prosa, y la recta razón lo quedó igualmente al ver como se desplegaba magestuosamente un pensamiento en un solo periodo.

Esta forma admirable, descubierta por retóricos estimables como Gorgias, Alcidas y Trasímaco, la perfeccionó Isócrates, discípulo del primero. Entonces se distribuyeron los periodos de un discurso en intervalos casi iguales, sus miembros se ligaron y contrapusieron, entretejiendo las palabras ó los pensamientos; las palabras mismas por sus frecuentes inversiones parecían serpentear en el espacio que les estaba señalado, pero de manera que desde el principio de la frase descubrieran el fin á los que oían con atención. Este artificio diestramente manejado, era para ellos un manantial de placeres; pero

empleado con demasiada frecuencia, cansaba tanto que algunas veces se ha visto en nuestras asambleas levantar algunos la voz, y acabar antes que el orador el largo periodo por donde iba discurriendo y recreándose.

Por fin, habiéndose logrado á puros esfuerzos hacer la elocucion numerosa, fluida, armoniosa, propia para todas las materias, y susceptible de todas las pasiones, se distinguieron tres especies de lenguaje entre los Griegos; el de la poesía, noble y magnífico; el de la conversacion, sencillo y modesto; y el de la prosa, elevado, acercándose mas al uno ó al otro segun los asuntos de que se trataba.

Igualmente se distinguieron dos especies de oradores, unos que consagraban la elocuencia á ilustrar al pueblo en sus juntas, como hizo Pericles; á defender los intereses de los particulares en el foro, como Antifon y Lisias; á derramar sobre la filosofía los colores vivos de la poesía, como Demócrito y Platon; y otros que cultivando la retórica por un sórdido interes, ó por vana ostentacion, declamaban en público sobre la naturaleza del gobierno ó de las leyes, sobre las costumbres, sobre las ciencias y las artes, y hacian unos discursos soberbios, en que el lenguaje ofuscaba los pensamientos.

La mayor parte de estos últimos, conocidos

con el nombre de sofistas, se esparcieron por la Grecia, andando de ciudad en ciudad, bien recibidos en todas partes, con un numeroso séquito de discípulos; quienes deseosos de ascender á los primeros empleos con el auxilio de la elocuencia, pagaban muy caras sus lecciones, y en su compañía hacian provision de esas nociones generales ó lugares comunes, de que antes os he hablado.

Las obras de estos sofistas que yo he recogido, están escritas con tanta simetría y elegancia, y hay en ellas tal abundancia de bellezas, que le cansan á uno mismo los esfuerzos que deben de costar á sus autores. Si alguna vez seducen, nunca mueven, porque la paradoja ocupa en ellas el lugar de la verdad, y el fuego de la imaginacion el del alma.

Estos hombres consideran la retórica, ya como un instrumento de persuasion, cuyo uso requiere mas el imaginar que el sentir; ya como una especie de táctica, dirigida á juntar gran copia de palabras, estrecharlas, extenderlas, sostener unas con otras, y hacerlas caminar con arrogancia contra el enemigo. Tienen tambien sus emboscadas y cuerpos de reserva; pero su principal recurso está en el ruido y la brillantez de las armas.

Esta brillantez sobresale principalmente en los elogios ó panegíricos de Hércules y de los

semi-dioses, que son los asuntos á que daban la preferencia; y la manía de elogiar ha crecido tanto, que se extiende hasta los seres inanimados. Tengo un libro, cuyo título es *Elogio de la sal*, en que se han apurado todas las riquezas de la imaginacion para exagerar los servicios que la sal hace á los mortales.

La impaciencia que causan la mayor parte de estas obras, llega hasta la indignacion, cuando sus autores insinúan ó procuran manifestar, que el orador debe estar en disposicion de hacer que el crimen triunfe de la inocencia, y la mentira de la verdad.

Llega hasta dar nauseas, cuando fundan sus raciocinios en las sutilezas de la dialéctica. Los mejores ingenios, con la mira de experimentar sus fuerzas, se empeñaban gustosamente en estos laberintos capciosos. Xantipo, hijo de Pericles, se complacia en referir, que en la celebracion de ciertos juegos, un dardo lanzado por descuido mató un caballo, y que su padre y Protágoras gastaron todo un dia en descubrir la causa de este accidente; disputando si era el dardo, si la mano que lo habia disparado, ó los que habian ordenado los juegos.

Por el ejemplo siguiente juzgareis cual era el entusiasmo que excitaba antiguamente la elocuencia facticia. Durante la guerra del Peloponeso, vino á esta ciudad un siciliano, que fué

el asombro y admiracion de la Grecia. Llamábase Gorgias, y le enviaron los de Leonte, su patria, á implorar nuestra asistencia. Presentóse en la tribuna, y dijo una arenga, en que habia amontonado las figuras mas atrevidas y las expresiones mas pomposas. Estos adornos frívolos estaban distribuidos en periodos, unos guardando una misma medida, otros que se distinguían con la misma cadencia, y cuando los desplegó delante de la muchedumbre, difundieron tal resplandor, que deslumbrados con él los Atenienses, socorrieron á los Leontinos, obligaron al orador á quedarse entre ellos, y concurrían á porfia á su casa para tomar lecciones de retórica. Colmáronle de elogios cuando hizo el panegirico de los ciudadanos muertos por la patria; cuando se presentó en el teatro, y declaró que estaba pronto á hablar sobre cualquier materia; y cuando en los juegos públicos pronunció un discurso para reunir contra los bárbaros todos los pueblos de la Grecia.

En otra ocasion, juntos los Griegos en los juegos píticos, acordaron levantarle una estatua, la que se colocó estando él presente en el templo de Apolo. Mas lisonjero fué todavía el acaecimiento que coronó su talento en Tesalia. Los pueblos de este pais no conocían aun otro arte que el de domar un caballo, ó enriquecerse con el comercio: dejóse ver Gorgias entre ellos,

y al punto trataron de distinguirse por las prendas del ingenio.

Gorgias adquirió un caudal tan grande como su reputacion; pero la revolucion que hizo en los ingenios, no fué mas que un alborozo pasajero. Escritor frio, que aspiraba al sublime, haciendo esfuerzos que le alejaban de él; la magnificencia de sus expresiones no sirve comunmente mas que para manifestar la esterilidad de sus ideas. Sin embargo él extendió los limites del arte, y hasta sus defectos han servido de leccion.

Euclides me enseñó varias arengas de Gorgias, y otras obras compuestas por sus discipulos Polo, Licimnio, Alcidas, etc., añadiendo: yo hago menos caso del aparato pomposo que ostentan en sus escritos, que de la elocuencia noble y sencilla que caracteriza las de Pródico de Ceos. Este autor tiene mucho atractivo para las personas de juicio: casi siempre elige el término propio, y descubre distinciones muy delicadas entre las palabras que parecen sinónimas.

Eso es verdad, le respondí, pero no deja pasar una palabra, sin pesarla con exactitud tan escrupulosa como cansada. ¿Os acordais de lo que decia en una ocasion á Sócrates y á Protágoras, tratando de conciliar sus opiniones? «Entre vosotros se trata de *discutir* y no de

«*disputar*; porque con los amigos se *discute*, «y se *disputa* con los enemigos. Con esto alcan-  
«zaris nuestra *estimacion*, y no nuestras *alabanzas*; porque la *estimacion* está en el corazon,  
«y la *alabanza* suele estar solo en los labios. Por  
«nuestra parte experimentaremos *satisfaccion*,  
«y no *placer*; porque la *satisfaccion* es propia  
«del entendimiento que se ilustra, y el *placer*  
«toca á los sentidos que gozan.»

Si Pródico, me dijo Euclides, se hubiera explicado de ese modo, ¿quién hubiera tenido jamas la paciencia de oirle ó leerle? Registrad sus obras, y os quedareis admirado de la sabiduría, igualmente que de la elegancia de su estilo. Quien puso en su boca la respuesta que acabais de citar, es Platon; y del mismo modo se divirtió á costa de Protágoras, Gorgias, y de los mas célebres retóricos de su tiempo. En sus diálogos los pone á disputar con sus maestros, y con estas conversaciones fingidas, forma escenas bastante graciosas.

¿Pues qué, le dije yo, Platon no ha referido fielmente las conversaciones de Sócrates? Yo lo creo así, me dijo; y aun pienso que la mayor parte de esas conversaciones jamas se verificaron. — ¿Pues cómo no ha reclamado nadie contra semejante fingimiento? — Fedon, despues de haber leído el diálogo que andaba con su nombre, protestó que no se conocia en los dis-

cursos que Platon ponía en su boca. Gorgias dijo lo mismo leyendo el suyo; y solamente añadió que el joven autor tenía gran talento para la sátira, y que pronto ocuparía el lugar del poeta Arquiloco. — A lo menos convendréis en que sus retratos son bastante parecidos. — Así como nadie juzga de Pericles y de Sócrates por las comedias de Aristófanés, así tampoco se debe juzgar de los tres sofistas, de quienes acabo de hablar, por los diálogos de Platon.

Cierto es que Platon tuvo razon para declararse contra los dogmas de estos sofistas; ¿pero debía por eso presentarlos como hombres sin ideas, sin conocimientos, incapaces de seguir un raciocinio, siempre próximos á caer en los lazos mas groseros, y cuyas producciones no merecen mas que desprecio? Si no hubieran tenido grandes talentos, no hubieran sido tan perniciosos. No diré que Platon tuviese envidia de la reputacion de estos hombres, como acaso lo sospecharán algunos en lo venidero, sino que parece que en su juventud se entregó demasiado al gusto de las ficciones y donaires.

Sea como fuese, los abusos introducidos en su tiempo en la elocuencia, ocasionaron entre la filosofía y la retórica, ocupadas hasta entonces en un mismo objeto, cierta especie de divorcio, que dura todavía, y las ha privado de los auxilios que pudieran prestarse mútua-

mente. La primera da en cara á la segunda, á veces con tono de desprecio, el usurparla sus derechos y atreverse á tratar circunstanciadamente de la religion, política y moral, sin conocer sus principios. Pero se puede responder á la filosofía, que no pudiendo ella misma poner fin á nuestras disputas con la sublimidad de sus dogmas y la precision de su language, debe llevar á bien que su rival sea su intérprete, le preste algunos atractivos, y nos la haga mas familiar. Esto es efectivamente lo que han ejecutado en estos últimos tiempos, algunos oradores, que aprovechándose de los progresos y favores de ambas, han consagrado sus talentos á la utilidad pública.

Al frente de ellos pongo sin vacilar á Pericles, quien debió á las lecciones de los retóricos y filósofos, aquel orden y aquellas luces, que de acuerdo con su fecundo ingenio, llevaron el arte de la oratoria casi á su perfeccion. Alcibiades, Critias, y Terámenes, siguieron sus huellas: los que han venido despues, los han igualado, y aun excedido algunas veces queriendo imitarlos; y se puede decir que el gusto de la verdadera elocuencia, se ha fijado ya en todos los géneros.

Los autores que se han distinguido en nuestros dias, ya los conoceis, y estais en estado de apreciarlos. Como yo no he juzgado de ellos sino



por el efecto , le respondí , quisiera saber si las reglas justificarian la impresion que me han causado. Euclides me respondió : esas reglas , fruto de una larga experiencia , se formaron en vista de las obras y de los aciertos de los grandes oradores y poetas.

El imperio de este arte es muy dilatado , pues lo ejerce en las juntas generales , donde se delibera sobre los intereses de una nacion ; ante los tribunales , donde se juzgan las causas de los particulares ; en los discursos en que hay que pintar el vicio y la virtud con sus verdaderos colores ; en fin , en todas las ocasiones en que se trata de instruir á los hombres. De aquí nacen tres géneros de elocuencia , el deliberativo , el judicial y el demostrativo. Así pues , acelerar ó impedir las decisiones del pueblo , defender al inocente y perseguir al culpado , alabar la virtud y reprender el vicio , tales son las funciones augustas del orador. ¿ Y cómo se han de desempeñar ? Por la via de la persuasion. ¿ Cómo se ha de efectuar esta persuasion ? Con un estudio profundo , dicen los filósofos : con el auxilio de las reglas , dicen los retóricos.

El mérito de la retórica , segun los primeros , no consiste en el acertado encadenamiento del exordio con la narracion y demas partes del discurso ; ni en los artificios del estilo , de la voz y de la accion con que se intenta seducir al pueblo

corrompido. Estas cosas no son mas que accesorias , inútiles algunas veces , y las mas perjudiciales. ¿ Qué le pediremos nosotros al orador ? Que junte á las disposiciones naturales , la ciencia y la meditacion.

Si la naturaleza os destina al ministerio de la elocuencia , esperad que la filosofia os conduzca á él á paso lento ; que os haya demostrado que debiendo el arte de la palabra convencer antes de persuadir , tiene que recibir del arte del raciocinio su principal fuerza ; que os haya enseñado por consiguiente á no tener mas que ideas sanas , á no expresarlas sino de una manera clara ; á distinguir todas las relaciones y contrastes de sus objetos ; á conocer y dar á conocer á los demas , lo que cada cosa es en sí misma. Continuando su obra la filosofia , os llenará de los conocimientos que convienen al hombre de Estado , al juez integro , al ciudadano excelente : estudiareis á su vista las diferentes especies de gobiernos y de leyes , los intereses de las naciones , la naturaleza del hombre y la inestabilidad de sus pasiones.

Pero esta ciencia , adquirida con largos afanes , cederia prontamente al soplo contagioso de la opinion , si no estuviese afianzada , no solamente en una probidad manifiesta y una prudencia consumada , sino tambien con el celo ardiente de la justicia , y el respeto profundo á los dio-